

# Viento de sueños

Ignacio de Saavedra



Viento de sueños

Ignacio de Saavedra

A vosotros, desconocidos y lejanos protagonistas de las siguientes páginas.

## ÍNDICE

Un silencio cómplice .....	4
Cuentos de madera .....	22
Vientos de Roma .....	32
El banco de la soledad .....	40
Las cenizas de Pompeya .....	48

# I UN SILENCIO CÓMPLICE

---

A todos aquellos cientos y cientos de hermanos que se vieron enfrentados,  
con diferentes desenlaces, durante la Guerra Civil española.

---

Han pasado muchos otoños desde el final de aquel episodio. Durante estos últimos decenios me he mantenido en el más absoluto silencio, siendo consciente de que mi paciencia obstinada acabaría regalándome un desenlace mucho más positivo que el que hubiera resultado de narrar precipitadamente aquello que podría haber cambiado el rumbo de esta historia. Pero hoy, después de una larga espera, me he despojado de los grilletes que me mantenían preso en una fortaleza personal prácticamente inexpugnable.

Nada en nuestro camino es producto del azar ni resultado de un conjunto de casualidades. En el libro de la vida, todos nuestros pasos están detalladamente redactados. Lo que en apariencia resultan ser movimientos sin la más mínima importancia, terminan siendo párrafos trascendentales de cara al entendimiento de nuestra existencia. Sin ellos, nuestras andanzas por este mundo no serían más que cerraduras abiertas de etapas pasadas.

Tengo la certeza de que mis palabras serán bálsamo para ciertos corazones y afiladas flechas para otros. Sé que esta noche se reavivarán las heridas que en tiempos pasados cicatrizaron con el unguento del olvido. Cuando concluya estas líneas, destruiré para siempre una verdad que nació de una insignificante semilla de odio y acabó convirtiéndose en un espeso bosque de injusticias.

Ahora sólo puedo esperar que el juicio de los lectores sea benévolo y comprensible. En estos momentos, nada me importa más que liberarme de esta pesada losa que me ha martirizado durante todo este tiempo, convirtiéndose en el plomizo equipaje del peregrino que retrasa la llegada a su anhelado destino. Sin embargo, en apenas un par de horas habré zanjado mis cuentas con el pasado, habré anudado el último cabo de este

---

presente casi pretérito y, al fin y a la postre, las líneas de mi futuro seguirán anotadas allá donde sean guardadas. Después de muerto, mi vida cobrará sentido.

Todavía recuerdo casi con repugnancia los primeros momentos de aquella reunión. El sofocante calor propio del estío no era en absoluto comparable con el entusiasmado ardor que desprendían nuestros fervorosos ánimos. Sin apenas saberlo, el palacio del Círculo de Bellas Artes de Madrid sería testigo de una tertulia que escribiría apenas el prólogo de una violenta tragedia. Corría el mes de agosto de 1936.

Nos habían convocado a todos los que formábamos parte de los sectores más relevantes del Frente Popular para, según me dijeron en una conversación fugaz, determinar tajantemente los derroteros por los que transitarían todas y cada una de nuestras actuaciones. A decir verdad, en cuanto tuve noticia de aquello movilicé rápidamente a todos los jóvenes que, como yo, esperaban ansiosos medidas concretas y enérgicas para incinerar toda huella de fascismo. Allí estaban las Juventudes Socialistas Unificadas, las Juventudes Libertarias, los rostros más incipientes de la UGT y un sinfín de los que, en aquellos momentos, resultaban para mí los auténticos adalides de la libertad. ¡Cuánto me equivocaba!

Dio comienzo la reunión. En mi interior se mezclaban todo tipo de sentimientos, con variopintos recuerdos y pesados acopios del odio más terrible. Estaba rodeado de los grandes prebostes del Frente Popular, de las figuras más aclamadas y valoradas, de los que, según pensaba en aquellos instantes, acabarían creando una España a nuestra medida. Observaba mi alrededor, y a mis pulmones llegaba la abundancia de aire de

---

quien respira orgulloso sacando pecho e intentando dar la imagen de un joven seguro de sus ideales y, desde luego, auténticamente comprometido con la causa que allí defendíamos.

<<¡Hay que exterminar cualquier vestigio de discrepancia!>>, gritó a viva voz uno de los representantes de la FAI. Aquella enardecida frase me sacó estrepitosamente de las divagaciones en las que estaba inmerso. Aunque, para ser honesto, no resultaba aislada en aquellas jornadas. De hecho, en el mismo instante en el que aquel enfurruñado individuo tomó asiento, las ovaciones y frases reivindicativas inundaron la sala. En ese justo momento, entre delirantes exclamaciones y espasmódicos palmoteos, tuve la sensación de que los turbulentos acuerdos allí alcanzados marcarían un antes y un después en nuestras vidas.

Unas semanas más tarde, para mi pesar, corroboré mi percepción inicial.

¿Alguna vez les han dado la orden de ajusticiar a su propia hermana? Resulta cuando menos una perversidad, ¿no es cierto? A mí, sí me ha ocurrido. Concretamente, sucedió unos meses después de la reunión que he narrado en las líneas inmediatamente anteriores. Pero no podemos permitirnos avanzar sin antes explicar cómo se llegó hasta ese punto. La prisa nunca ha sido buena consejera.

Después de aquella asamblea, todos los jóvenes nos fuimos a tomar unas cervezas a un afamado bar de una calle cercana. Nos movimos empujados por una indescriptible emoción que se había despertado en todos nosotros a raíz de aquella tertulia. Recuerdo como si fuera ayer que éramos más de una veintena, todos expresando nuestras

---

revolucionarias opiniones alrededor de una áspera mesa de madera. Ninguno de nosotros conocíamos a ciencia cierta los acuerdos a los que se había llegado, pero teníamos la certeza de que muchos de los allí presentes jugaríamos un papel relevante durante las semanas siguientes. Al fin y al cabo, éramos los que más ansias teníamos por entrar en acción.

Durante aquel verano realicé una actuación tan aparatosa como sobresaliente. Me refiero a las mentiras que tuve que pergeñar de cara a mi familia. Mis padres -a los que, no obstante, tenía un gran respeto- siempre habían sido medularmente monárquicos. La llegada de la II República les había caído como una pesada losa sobre el pecho, hasta el punto de abrigar la idea de marcharse a vivir fuera de nuestras fronteras. Pero su amor por España pesó demasiado en aquella decisión. Profundamente católicos, al igual que mi hermana, jamás hubieran consentido que yo militara en las Juventudes de ninguna organización de izquierdas. ¡Si se hubieran enterado de que estuve en aquella reunión...! Menos mal que mis estratagemas obtuvieron rápidamente sus frutos. Llegué a casa una tarde, me senté con todos en el salón y les dije que me había apuntado a un modesto equipo de fútbol del barrio, motivo por el que pasaría todas las tardes entrenando fuera de casa. Todos sonrieron y celebraron la noticia como si me hubiera convertido ya en un jugador de fútbol profesional. Todavía me pregunto cómo pudieron engullir aquella falsedad sin tan siquiera sospechar una ínfima parte. Pero así fue.

Ya tenía el camino despejado para poder inmiscuirme de lleno en las actividades que realizara el Frente Popular, trepar a marchas forzadas y acabar siendo el ejemplo a seguir de las futuras generaciones. Y la verdad es que todo salió a pedir de boca.

---

Quizás, tornándose en mi contra, todo marchó excesivamente bien.

Una mañana recibí la notificación de que esa misma noche, con meridiana puntualidad, debía acudir al número 1 de la calle Martínez de la Rosa. Una vez allí, esperé hasta que apareció un hombre de elevada estatura, mirada penetrante y templada, que, cogiéndome tenazmente del brazo, me adentró en una de las habitaciones del hotel situado en aquel mismo punto.

- A partir de ahora no preguntes nada -mientras me hablaba, ojeaba unos desgastados papeles que había traído en un oscuro maletín-. Siempre me han repugnado las personas curiosas. Mi nombre es Antonio. Sé que estuviste en la constitución del Comité Provincial de Investigación Pública. ¿No pensarás que tu presencia fue fruto del azar? Tu tío Ernesto me habló muy bien de ti en una entrevista previa que tuvimos en Rusia. Al parecer, es el único de tu familia que conoce tu tendencia política. También ha llegado hasta mis oídos que has trabajado duro movilizándolo y armando a los jóvenes para esta guerra... Pues bien -prosiguió tras una breve pausa-, estamos preparados para poner en marcha las medidas más drásticas con aquellos que osen mostrar el más mínimo amago de intención deshonesto con nuestra República. ¿Me estás entendiendo?

- Por supuesto -le contesté con aires no sólo de comprensión sino también de adhesión.

- No esperaba menos de ti. En apenas media hora vas a perpetrar tu primer trabajo. En la puerta tiene que estar esperándote ya tu grupo de compañeros. Recogeréis a los condenados y les daréis un paseo.

---

En aquellas circunstancias, temí hacerle cualquier tipo de pregunta que pudiera importunarle, pero lo cierto era que no estaba entendiendo nada de las instrucciones que me estaba dando, o a lo mejor es que tampoco quería entenderlas. Me armé de valor, respiré profundamente y me lancé a la aventura.

- Perdone, ¿qué voy a tener que hacer esta noche?

- Me habías dicho que estabas comprendiéndolo todo... -realizó una pausa que me hizo temblar, y prosiguió-: No te preocupes, es lógico que estés nervioso la primera vez que vas a ejecutar a un reo.

Se me congeló el pulso en aquellos instantes.

Durante el funesto trayecto hasta el punto en el que se consumaría la sentencia, tuve tiempo para pensar en las palabras de aquel hombre. Lo cierto era que mi apoyo a la causa socialista era, sin ningún género de dudas, absolutamente leal. Sin embargo, nunca imaginé que de mis manos fuera a depender la vida de alguien. ¿Estaba preparado para disparar el arma que escribiría el punto final del dilatado sendero de aquel sacerdote? No tenía otra opción. Si permitía que mi pulso mostrara la más mínima pizca de nerviosismo, jamás me convertiría en el joven héroe al que todos toman como ejemplo.

- ¿Cuántos años tienes, muchacho? -la voz del octogenario sacerdote, al que en breves minutos tendría que ajusticiar, retumbó en mi cabeza impidiéndome pensar de manera corriente.

Él debió de darse cuenta, porque, segundos después de su pregunta, volvió a dirigirse a mí.

---

- Te noto nervioso. ¿No tendría que estarlo yo? Piensa por qué no es así, e intenta darme una respuesta antes de que tu fusil termine con mi vida.

Si momentos antes estaba intranquilo, ahora me encontraba en una situación auténticamente irresistible. A mis confusos pensamientos llegaron de pronto las imágenes de mis padres y de mi hermana. ¡Podrían ser ellos los que estuvieran sentados en esta camioneta, los que fueran a encontrarse con la muerte, los que desaparecieran por el único hecho de creer en ese estúpido Dios que no era capaz de impedir el destino de sus creyentes! Días más tarde me enteraría de que tres de los ejecutados aquella noche, eran seminaristas.

Mis fatigosos pensamientos se vieron interrumpidos por los gritos de mis compañeros. El furgón ya se había detenido, ellos habían bajado como impulsados por el demonio y se dedicaban a pegarles patadas a los condenados. Pude contar un total de siete, aunque, seguramente, en otro punto del país, al amparo del tenebroso silencio nocturno, hubiera muchos otros esperando un final semejante.

Comprendí, cuando reparé en los amedrentados cuerpos de los arrestados, que nuestra lucha carecía de cualquier tipo de sentido, que estábamos decapitando la Justicia, que la España a medida por la que antes suspiraba no era más que una meta destructora y exterminadora. Pero no tenía escapatoria. Me sentía como uno de los arrestados: sin capacidad de elección, sin libertad.

Aquella fue la primera y única vez que acabé con la vida de alguien.

Son muchos los recuerdos que navegan por mi cabeza, pero uno en concreto quedó grabado a fuego en mi interior. Momentos antes de que la bala de mi fusil quedara

---

alojada para siempre en lo profundo de su cráneo, el sacerdote se dirigió por última vez a mí.

- La respuesta a la pregunta de antes es bien sencilla. Él está conmigo. Pero también está contigo, no lo olvides. No creas que te guardo rencor por esto. Saber perdonar es una de las mayores virtudes que el hombre puede albergar en su corazón. Sólo espero que ningún ser al que quieras se enfrente a la muerte de esta manera. Ahora, muchacho, dispara.

Sus palabras se me han presentado cada mañana y cada noche, con cada rayo de luz del amanecer y con cada silencio de las sombras. La remembranza de su serenidad es algo que todavía, a día de hoy, me sorprende profundamente. Nadie podría haber averiguado por su rostro ni por sus palabras que estaba siendo apuntado por un fusil. Es más, aquella noche tuve la seguridad de que ninguno de los que estábamos allí pudo comprender el último movimiento del sacerdote: se dio la vuelta y me pidió que le permitiera mirarme a los ojos mientras le ejecutaba. Así se hizo.

Aquellas intensas horas, desde el encuentro en la habitación del hotel hasta que mis azorados ojos se cerraron para caer en un mundo de sueños, se habían convertido en las más terroríficas de mi vida. Pero, aunque resulte incomprensible, aprendí mucho del encuentro con el sacerdote. De hecho, siempre he creído que no fue casualidad que mi dedo índice fuera el elegido para disparar aquel fusil. A día de hoy, sé que una mediación divina cuajó aquel encuentro, que Dios no se había olvidado de asistir a aquel anciano, que nada de lo sucedido sorprendió a Dios de descanso.

A pesar de que ahora puedo decir esto, durante aquellos días me impedía a mí mismo

---

sentirlo. No sólo por miedo a las represalias, sino porque yo siempre había rechazado la existencia de Dios. Cuando afloraba un sentimiento parecido, rápidamente repetía, vez tras vez, que Cristo no era más que un invento de cobardes. Pero llegaron los tiempos en que aquella actitud me causaba un acentuado dolor imposible de anestesiar. Coincidió con un suceso que cambió mi vida para siempre: la condena a muerte de mi hermana.

A pesar de que intenté distanciarme de los asesinatos en masa puestos en marcha por el Frente Popular -mucho más frecuentes a medida que pasaron los días-, lo cierto fue que no conseguí desvincularme completamente. Durante semanas -dejando la modestia fuera de estos renglones- me había erigido en un referente para todos mis jóvenes compañeros, que no cometían ninguno de sus elaborados propósitos sin antes pasar por mi supervisión. Así que fue muy complicado abandonar aquellas costumbres que me repugnaban intensamente.

Las encrucijadas en las que me vi inmerso en no pocas ocasiones, se estaban convirtiendo en los cepos que me impedían salir caminando por otras sendas bien diferentes a aquellas. Más de una vez tuve que ver, oír y hacer conductas de las que, aunque lamentándolo impetuosamente, no tenía otra salida. Generalmente, se trataba de reuniones a altas horas de la noche en las que engrasábamos las piezas de una sangrienta maquinaria, amenazas sin ningún disimulo, torturas al que fuera sospechoso de los más diferentes delitos y un sinfín de directrices cuyo resumen sería demasiado extenso para el escaso tiempo que me resta.

No obstante, sí entraré en los detalles del último episodio que me hizo abandonar

---

toda aquella noria de venganzas y represiones para terminar donde ahora me encuentro. Su recuerdo me lleva por obligación hasta un embarrado descampado cercano a la Ciudad Universitaria. Me había dejado embaucar para cometer lo que hubiera sido la segunda mancha de sangre en mi siniestro currículum. Una nueva ejecución -esta vez de un falangista- se extendía ante mis ojos sin apenas dejarme espacio para divisar la escapatoria.

Ya estaba todo preparado cuando llegó una camioneta con una nueva remesa de condenados. Sacados del coche a empujones, todos eran objeto de las más encarnizadas burlas por parte de los engreídos brigadistas que los transportaban. Si a todo esto le sumamos que los sentenciados llevaban los ojos vendados, puedo asegurar que su viaje no había sido, desde luego, sinónimo de comodidad.

- Cambio de planes. Los primeros en morir serán este grupo de estúpidos -dijo uno de los brigadistas refiriéndose a los recién llegados-. Se les acusa de conspiración contra la legalidad, y a aquella de allí -su dedo índice de la mano derecha se levantó señalando a una chica que estaba de espaldas- de pertenecer a una familia de adinerados opresores católicos y rebeldes contra la República. Por si esto fuera poco, ella pertenece a la Sección Femenina de Falange. ¡Que se dé la vuelta! -exclamó levantando también el dedo índice de la mano izquierda.

Cuando la chica se giró, pude intuir, debajo de la oscura venda que llevaba sobre los ojos, la asustada mirada de mi hermana. Era ella, sin duda. Los rasgos angelicales de una joven cuyo único delito era el de pertenecer a una familia honrada que elevaba sus súplicas a Dios cada mañana y cada noche; una familia trabajadora, cuyo único cáncer

---

era un atolondrado hijo que le daba más importancia a las frases de reconocimiento de sus compañeros que a la integridad de su familia. ¿Cómo iba a pertenecer ella a Falange, si jamás había mostrado ningún interés por la política? Pensé vertiginosamente que sería una de las tantas explicaciones falsas para tratar de justificar aquellas atrocidades. Mientras mi mirada reposaba clavada sobre las húmedas mejillas de mi hermana, un empujón me sacó aparatosamente de mi pasividad.

- ¡Vamos! ¿Te ha gustado la jovencita, muchacho? ¡No merece la pena! -sus gritos se entremezclaban con risotadas de auténtica fiera- Te dejaré que seas tú el que la ejecute... Ahora, compañeros -prosiguió vociferando mientras se marchaba de camino a la camioneta-, terminad de una vez por todas con este montón de escoria. ¡Vosotros - señaló al primer grupo de condenados-, venid conmigo! Nos vamos de excursión a otro descampado cercano.

Este insensato viaje había llegado muy lejos. Me acerqué a mi hermana y, sin que pudiera verme el resto de la brigadilla, le pedí que cuando escuchara el disparo de fusiles se tirara inmediatamente al suelo imitando la quietud de un cadáver. Jamás distinguí mi presencia en aquella siniestra escena.

Los condenados ya estaban dispuestos en un perfecto silencio, interrumpido levemente por las súplicas que éstos elevaban a Dios. Nosotros, entre risas y alharacas, unos metros detrás de ellos. Los fusiles, atentos e inmóviles, a la espera de que nuestros dedos les acariciaran como tantas otras veces en aquellos últimos meses. Delante del mío, en el punto de mira, el cuerpo tembloroso de mi hermana en el mismo terreno en el que, bajo mis pies y medianamente enterrados en el barro, se escondían los cartuchos de

---

mi arma.

Sonó la señal y los fusiles no callaron. Todos los condenados se derrumbaron al suelo como muñecos.

Hoy ha venido a visitarme mi hermana. Como siempre que su salud le permite venir hasta aquí, las puertas de este monasterio se han abierto para ella. Un monasterio que se convirtió en mi hogar hace más de sesenta años, que ha sido testigo de mis incesantes sufrimientos sin antídoto, que me ha dado el calor de Cristo cuando mi alma más lo ha necesitado.

Pero esta visita es de todo punto diferente a las anteriores. Ninguno de los dos nos hemos despedido definitivamente, pero ambos sabemos que nuestra salud no nos permitirá volver a abrazarnos en este mundo. Nuestros caminos volverán a cruzarse, sí, pero lo harán en otro lugar mucho más apacible y sereno, en el que dispondremos de un tiempo considerablemente más dilatado que el que esta vida nos ha regalado, y eso que no ha sido poco.

Cuando hace unos días me avisó de su viaje, sentí la punzada en el corazón del último aviso. Rápidamente, sin perder tiempo, cogí papel y pluma. Tuve la imperiosa necesidad de narrarle aquel capítulo que, siendo de su propia vida, siempre se le había presentado oculto. Han pasado muchos otoños desde el final de aquel episodio, es cierto, pero merece conocer, cuando le llegue el momento de exhalar su último aliento, la verdad completa de una cadena de sucesos que cambiaron nuestros caminos. Aunque siempre he tenido en mente que salvé su vida cuando despojé de sus cartuchos a aquel

---

insensible fusil, no es menos cierto que ella, sin darse cuenta, también salvó la mía.

Hoy, después de nuestro encuentro y antes de cerrar las puertas de mi hogar, le he anunciado que en un par de días le enviaría una carta cuya simple redacción me ayudaría a dar un paso más hacia la plena liberación, pues mi libertad la conquisté eternamente cuando derribé las murallas que actuaban de obstáculo ante mi fe. Cada letra de la misiva se ha sustentado sobre imborrables recuerdos de un tétrico pasado que, si Dios así lo dispone, jamás volverá a atormentarme. Poco más me queda por hacer en esta vida, excepto esperar contestación de mi hermana. Quizá su respuesta no sea más que un silencio cómplice.

Mi eterno silencio cómplice, en cambio, es hoy un grito de liberación. La carta ya está terminada.

Han pasado un par de semanas desde que le envié la epístola a mi hermana, y todavía no he obtenido noticia tan siquiera de que la haya recibido. Día tras día, producto de un antojadizo desvelo aderezado con gotas de impaciencia, me he imaginado un buen número de situaciones por las que mi testamento ha podido perderse en el camino: un cartero descuidado, una inoportuna ráfaga de viento, un error administrativo, un simple retraso sin mayor importancia o, lo que no resulta tampoco improbable, un empeoramiento de su salud o la venida de la irremediable muerte. Todo ha circulado por mi cabeza desde el mismo instante en el que deposité el sobre en la bandeja de envíos. Pero tendré que esperar.

- ¡Padre Arturo! ¡Tiene que venir urgentemente! -el Padre Roberto, uno de los

---

monjes más jóvenes de la comunidad, había entrado en mi estancia con notable sofoco y celeridad.

- ¿Qué ocurre? Ya sabes que no tengo edad para largos galopes.

- Disculpe mi grosera invasión de su habitación, pero una anciana señora se ha postrado ante el confesonario de la capilla y reclama su atención.

- ¿Una mujer aquí...? No te preocupes. Dile que en unos minutos estoy con ella.

Cerró la puerta, y un silencio familiar invadió mi dormitorio. Me enjuagué las manos, las sequé lentamente, besé la cruz de Cristo que reposaba sobre mi mesilla de noche y respiré profundamente antes de abandonar la habitación. Nada sería igual cuando regresara a ella.

- Ave María Purísima

- Sin pecado concebida.

- Padre, no quiero abandonar este mundo sin estar en paz con Dios y con usted. ¿Por dónde empiezo? Ayúdeme.

- Comience por liberarse de lo que más daño le esté haciendo. El Señor atenderá todo lo que tenga que decirle, y mis oídos no escuchan ahora mismo nada más que su temblorosa voz. No se preocupe por el tiempo, descárguese de aquello que le impide ser libre. Yo lo hice hace unas semanas y ahora estoy en paz.

- Lo sé. Esta es mi respuesta -la voz de mi hermana se colaba por los estrechos huecos del confesonario.

- Mercedes...

- No, hermano, quiero confesarme con Dios. Contigo lo haré más tarde. Comenzaré

---

por el principio. Han pasado muchos veranos desde el final de aquel episodio. Durante estos últimos decenios me he mantenido en el más absoluto silencio, siendo consciente en todo momento de que mis indomables temores jamás me hubieran permitido enfrentarme a la realidad como ahora lo hago. Pero fue tu carta, hermano, la que me empujó, tras una larga espera, a plantarle cara a un pasado que, como el tuyo, siempre me ha perseguido.

>> Para serte lealmente sincera, no creo que hoy me encontrara arrodillada ante el Señor si no hubiera sido por las líneas de tu misiva. Es más, si tus párrafos no se hubieran abierto ante mí como las alas de un águila imperial, es muy probable que hubiera abandonado esta orilla de la vida sin pedirle perdón a Dios por todos los errores que he cometido durante mi existencia. Ahora, Señor, atiende mis súplicas.

>> Tú, eterno testigo de todo, conoces mejor que nadie los horrores de los que es capaz el ser humano, pues los viviste en tus propias carnes. Tú, que has contemplado cuantiosas guerras a lo largo de los siglos, eres conocedor de las atrocidades que, unos y otros, son capaces de perpetrar en nombre de todo tipo de movimientos. Yo, en cambio, no imaginaba tanta maldad en el ser humano hasta que tuve que vivir la experiencia en carne propia.

>> Aún puedo recordar con claridad aquella tarde de julio de 1936 en la que determinados miembros de Falange Española -en la que yo militaba- habían advertido la macabra labor que estaban realizando determinados jóvenes pertenecientes a la coalición del Frente Popular. Esta labor se basaba en asesinatos indiscriminados comenzados tiempo atrás. Mis compañeros de Falange -que no se quedaban cortos en

---

este tipo de actitudes- se habían informado acerca de un joven que era uno de los cabecillas del entramado revolucionario. Su plan era, tajantemente, asesinarlo. La labor de las mujeres en la Sección Femenina, sin embargo, no iba más allá del cuidado de enfermos, heridos y ancianos, la recaudación de fondos para la guerra y la realización de las labores de propaganda. No obstante, estaba perfectamente enterada de los pasos que daban los jóvenes en Madrid.

>> Fue así como, aparte de percatarme de los horrores que celebraban mis compañeros, me enteré de que aquel joven al que querían asesinar, eras tú, hermano. Tenían todo preparado para eliminarte una noche no muy lejana. Dios sabe que hubieran logrado su meta, pues no sería la primera vez que los jóvenes exacerbados de Falange llevaran a último término sus amenazas. Fue durante aquellas semanas, rodeada de continuas ejecuciones en masa y de mares de injusticias, cuando perdí mi fe. Una fe que no recobraría hasta la semana pasada.

- Continúa, hermana. Dios te escucha.

- Una tarde, después de mucho preguntar, logré dar con uno de los encargados de reclutar a jóvenes inexpertos, almas todavía limpias, para el Frente Popular. Creo recordar que se llamaba Antonio. Pues bien, le di tus datos para que te llamara y contara contigo. ¿Crees que yo no conocía tus tendencias políticas? Más que de sobra -intuí una pícaro sonrisa en sus labios-. Como te decía, le pedí que te reclutara con la intención de que estuvieras protegido. El destino quiso que mis compañeros se enteraran de mis contactos con los comunistas y decidieran ponerme en sus manos. Fue así como llegué hasta el punto de mira de tu fusil.

---

>> Señor, perdóname por alejarme de Ti durante todo este tiempo. Los crímenes cometidos durante la guerra civil me sumieron en un oscuro camino de sombras en el que no despuntaba un solo rayo de luz. No comprendía cómo era posible que permitieras que dos hermanos se persiguieran, que familias enteras terminaran enterradas en repugnantes lodazales, que las bombas fueran el <<buenos días>> de cada mañana, que media España odiara a la otra mitad. Me sentí abandonada por tu mano y descuidada por tu mirada, solitaria como una oveja en busca de su rebaño. Y nunca más quise volver a cruzarme contigo. Pero ahora, poco antes de exhalar mi último aliento, comprendo que jamás renunciaste a nosotros, sino que fuimos nosotros los que renunciamos a Ti.

>> No me dejes ahora que mi vida se apaga. Acógeme en tus brazos para siempre y perdona los pecados de una loca mujer que no supo recorrer tus senderos, surcar tus mares, volar por tu cielo y, en definitiva, ser libre junto a Ti. Pero mi temor ya se ha incinerado, mis lágrimas se han convertido en sonrisas y sólo me queda esperar que cuando mi corazón se detenga para siempre, tu luz ilumine mi senda hasta Ti. Así sea.

Después de perdonar sus pecados, ambos salimos del confesonario con infinitas ansias de fundirnos en un abrazo. Sus lágrimas humedecieron mis vestiduras, así como las mías quedaron colgando, como gotas de rocío, de sus encanecidos cabellos.

- Acompáñame, hermana -dirigí mis pasos hacia el jardín del monasterio.

Nos quedaba por delante un largo paseo que dar.

## II CUENTOS DE MADERA

---

A todos aquellos que han sufrido violentas persecuciones a lo largo de la Historia, porque su resistencia e inagotable aliento es hoy un valioso ejemplo para toda la humanidad.

\* Relato finalista del I Certamen de Relato Corto Villa de Trijueque (2007)

\* Relato finalista del II Concurso de Relato Corto Altura

---

Los cuentos tienen la capacidad de adentrar a los más pequeños en un lejano mundo de fantasía, estimular su imaginación para que funden su propia aldea de sueños y apartar de ellos las crueldades que en ocasiones proporciona la vida. Muchos adultos, sin embargo, vuelven la espalda a los cuentos como quien huye de una enfermedad contagiosa de doloroso remedio. Quizás tengan pánico a que sus memorias les transporten a etapas pasadas, sientan vergüenza por lo que las desgastadas conciencias ajenas puedan opinar o, simplemente, creen que los cuentos son asuntos para niños. No obstante, el ajetreado día a día nos deja poco margen para viajar por el sugestivo universo de los cuentos.

La última vez que escuché un cuento de boca de un adulto fue hace más de sesenta años. Todavía puedo recordar con claridad aquellas noches de invierno en las que mi padre, cansado como un animal de carga, entraba en el barracón y una nube de silencio invadía el ambiente. Se tumbaba en una incómoda plancha de madera que hacía de cama, y comenzaba a hablar. Los más pequeños le escuchábamos con auténtica devoción, sin apenas pestañear ni mover un solo músculo de nuestros esqueléticos cuerpecillos. Semanas más tarde, los adultos fueron uniéndose a aquellas veladas de cuentos que terminaron convirtiéndose en el momento del día más deseado por todos. En 1943 yo tan sólo tenía seis años, edad suficiente para fantasear con las leyendas de mi padre pero escasa para comprender muchos de los aprendizajes que albergaría años más tarde.

Así, y aunque he comenzado hablando de cuentos, narraré una trágica historia que sucedió en un punto perdido de Polonia, en una época en la que las manecillas del reloj

---

decidieron moverse lentas y en la que los cuentos, vetustas historias olvidadas, se convirtieron en la única esperanza para cientos de miles de niños. También para un buen número de adultos.

Los recuerdos me arrastran hasta una gélida mañana de diciembre. Desperté sobresaltado por los gritos rabiosos de los alemanes, auténticos rugidos que no por más acostumbrado lograba sobreponerme al profundo terror que me inspiraban. El barracón estaba prácticamente vacío: mi padre a un lado mirándome tiernamente, un enfermizo señor que apenas podía mantenerse erguido, un grupo de chicos corriendo hacia la puerta y un par de ratas que seguían el mismo itinerario que éstos. En apenas medio minuto estábamos todos fuera.

A mi memoria llegan las nítidas imágenes de todo lo que sucedió aquella mañana. Como si estuviera retornando al pasado, parece subir hasta mis fosas nasales la nauseabunda mezcla de olores que el viento deslizaba; a mis oídos, el continuo chasquido del crujir de huesos, y a mi paladar, el áspero sabor del hambre. Una dura prueba para mis cinco sentidos, que lograron superar no sin dejar imborrables huellas que siempre me han acompañado.

No era la primera vez que los alemanes hacían una cosa así. Cuando mi padre y yo pisamos por primera vez el suelo de Auschwitz, nos ofrecieron una bienvenida muy similar a la que estaban recibiendo los recién llegados en tren. Mi inocencia de niño me llevaba a pensar que los nazis eran hombres ordenados y pulcros, pues nos separaban en dos grupos para revisar quiénes necesitaban una ducha o una visita urgente al médico.

---

Tiempo más tarde, comprobé que no podía estar más equivocado, y que a los alemanes sólo les importábamos para las horas de trabajo; nuestra salud, nuestra tristeza, nuestras dolencias, nuestra vida, eran para ellos asuntos que tenían una sencilla solución: la muerte.

Antes de llegar a comprender ciertas cosas, mares de dudas inundaban a diario mi pensamiento. Aquella misma mañana, por ejemplo, me cuestionaba en mi fuero interno por qué los alemanes no me permitían estar cerca de mi padre, por qué esa obsesión de separarnos a los niños y mujeres en un grupo aparte. Sentía una inmensa necesidad de preguntárselo a algún miembro de las SS que, aquella mañana, caminaban lentamente por delante de todos nosotros. Sin embargo, el miedo me impidió saciar mis dudas.

Segundos más tarde de que el temor me mantuviera paralizado en mi sitio, un amigo que dormía en mi barracón salió corriendo hacia su padre, situado cerca del mío. La escena no duró más de cinco segundos. Un alemán se giró rápidamente, sacó su pistola y vació el cargador en el débil cuerpo del chico. Después de comprobar que estaba muerto, guardó su pistola y se dirigió al padre de la criatura, que lloraba desconsolado de rodillas. Pidió el arma a otro alemán, soltó una siniestra risotada y acabó también con su vida.

<<No quería que sufriera por la muerte de su hijo>>, sentenció sin dejar de reír.

El momento siguiente fue dominado por el mutismo, la incompreensión y el pánico que desprendían nuestros corazones. Pensé que no importaba que estuviéramos quietos, sin respirar, para continuar vivos, pues una vez abierta la puerta que separaba la vida de la muerte, cualquier excusa podía ser válida para cometer los más brutales asesinatos.

---

De nuevo, una duda emergió de entre las tinieblas del pánico: ¿por qué estábamos nosotros allí? Aquella misma noche, sin falta, se lo preguntaría a mi padre.

Una vez terminada la <<selección>> de los recién llegados, nos pusimos a trabajar como cada día. Eran jornadas realmente agotadoras, en las que un simple tazón de sopa con trozos de madera y una rebanada de pan de serrín con algo de mermelada, eran el rancio sustento de nuestros estómagos.

Los cadáveres del chico y de su padre todavía reposaban sobre un montón de nieve. Imaginé que ya serían libres, allá donde estuvieran, y que comenzarían una nueva vida juntos.

La noche había caído sobre Auschwitz. Un manto de estrellas cubría el campo de exterminio, convertido en nuestro único hogar en aquellos momentos, y la nieve continuaba bailando en el aire como lo había hecho a lo largo de todo el día.

- ¿Por qué estamos nosotros aquí, papá?

Su rostro tomó la forma de cuando iba a comenzar a hablar durante un largo periodo de tiempo. Aquella respuesta fue la primera que dio paso a un cuento en Auschwitz. Así serían todas las noches hasta que su alma atravesó el umbral de la muerte.

- Todo comenzó hace miles de años. ¿Recuerdas cuando te hablé de la civilización egipcia? -tras mi aquiescencia con la cabeza, continuó con su respuesta-. En aquellos días, los judíos sufríamos reiterados abusos y atropellos por parte de los egipcios. Moisés, del que ya te he hablado en decenas de ocasiones, había venido a este mundo en no muy buen momento. O quizás justamente en el apropiado. El monarca egipcio había

---

ordenado la muerte de todos los varones nacidos de esclavos hebreos. Pero Dios quiso que Moisés sobreviviera. Aquellos sucesos no son más que un botón de muestra de lo que quiero transmitirte.

- Hoy han matado a un niño allá afuera. ¿Por qué?

- Lo sé, hijo. No todo tiene una explicación a nuestros ojos, ¿sabes? Sin embargo, Él siempre conoce el porqué de las cosas. A pesar de las continuas persecuciones que hemos sufrido los judíos, todavía estamos aquí y, lo que es más importante, seguimos fieles a Dios. Jamás podrán arrebatar nos nuestra fe.

- Háblame más, papá. Me gusta escucharte.

- Cierra los ojos e intenta dormirte. Yo te contaré una historia que sucedió hace cientos de años.

Le hice caso y mis párpados cedieron ante el cansancio. Sin apenas saberlo, aquella noche marcaría un antes y un después en mi vida. Pocas palabras de las que mi padre me dirigió aquella noche quedaron grabadas en mi memoria. Me habló de un tal Elías, que había huido de su patria para cumplir su destino, pues Dios le había encomendado una tarea. Me habló de ciudades arrasadas y pueblos destruidos, personas soñadoras, valores y creencias. Lo último que puedo llegar a recordar de aquella noche es la mano de mi padre acariciando mis cortos cabellos, mientras susurraba una frase al viento: <<Siempre recordarás nuestros cuentos de madera.>>

Una noche similar, días más tarde, mi padre nos contaba a todos los del barracón una historia sobre una pareja de enamorados que habían tenido que separarse. El destino había querido que el hombre fuera reclutado para luchar en una guerra que asolaba el

---

mundo, mientras la esposa quedaba guardando la esencia del hogar hasta su regreso. Él jamás volvió. Día y noche, sin embargo, ella se acercaba hasta una montaña cercana, desde la que creía ver el mundo entero, y pedía a Dios que le devolviera a su esposo con vida. Era capaz de pasar noches enteras a la luz de la luna, resguardada bajo pieles de animales, esperando ver la figura de su amado en el horizonte.

Mi padre no pudo terminar de relatarnos aquella leyenda, pues le interrumpí empujado por la tierna curiosidad que tiene todo niño.

- ¿De dónde sale esa columna de humo, papá?

Todos los niños se dieron media vuelta y trataron de mirar a través del agujero de una de las paredes del barracón. A través de él, podía contemplarse cómo los copos de nieve se fundían con aquella siniestra columna de humo todavía desconocida para mí.

Los adultos se miraron entre ellos para acabar clavando sus miradas en el rostro de mi padre, como esperando que respondiera a mi pregunta.

- Os contaré una antigua leyenda relacionada con el humo -terminó diciendo.

Olvidando nuestro interés inicial por la columna de humo próxima a nuestro barracón, todos alegramos nuestras caras cuando mi padre sentenció que nos contaría un nuevo cuento. El de aquella madrugada fue divertido. Ninguno de los cinco chicos que sobrevivíamos en el barracón nos quedamos dormidos. Todos logramos resistir el abrumador peso del sueño e incluso le pedimos otro al terminar. Pero era demasiado tarde, y a la mañana siguiente nos esperaba un duro despertar.

Esas sonrisas de medianoche, las únicas a lo largo de todo el día, hicieron mucho más sencilla nuestra reclusión en aquel campo de la muerte. Tenía razón mi padre

---

cuando decía que jamás olvidaría nuestros <<cuentos de madera>>. En un primer momento no entendí por qué había decidido ponerle ese nombre.

- Papá, ¿por qué les llamas cuentos de madera? -le pregunté una noche.

- La madera es el material que nos protege del exterior. Este barracón es de madera, hijo mío, y aunque dentro de unos años lo recordarás con auténtica amargura, no quiero que olvides nunca todo lo que te he contado dentro de estas paredes.

- Si algún día lo olvido, estarás tú para recordármelo, ¿verdad?

- Sólo desaparece lo que se olvida -mientras hablaba, sus ojos estaban cubiertos por una indescriptible telilla de tristeza-. Si algún día no puedes verme, sólo tienes que cerrar fuerte los ojos y recordar todas las leyendas que aquí te he contado. Cada una tiene un aprendizaje que te servirá a lo largo de tu vida. Sé que serás capaz de extraer lo mejor de cada cuento.

- ¿Cómo sabré que voy por el buen camino?

- Te lo dirá alguien muy sabio al que siempre tendrás que escuchar y pedir consejo. Nunca te olvides de abrir tus sentimientos a él, porque será quien te guíe a lo largo de tu camino.

- ¿Quién es, papá? -le pregunté curioso.

- Se llama corazón, hijo mío. Se llama corazón...

Como intentando proteger a mi corazón de lo que se avecinaba, en nuestra última noche en Auschwitz conversamos hasta que los primeros rayos del sol despuntaron en el melancólico cielo que nos cubría. Aunque, finalmente, caí dormido. El calor de

---

nuestros cuerpos, abrazados férreamente sin apenas dejar hueco para el vacío, eran como una antorcha en mitad de un nevado bosque solitario. Hoy tengo la sensación de que aquella noche mi padre intuía la llamada de la muerte, y sabía que todo lo que dijera o hiciera en aquellos últimos instantes sería determinante para el resto de mi vida. Y lo ha sido, sin duda, mucho más de lo que él pudo llegar a imaginar entre aquellas reducidas paredes de madera.

- Algún día saldremos de aquí, ¿verdad, papá?

Guardó un silencio prolongado. Era la primera vez que lo hacía.

- Tú me dijiste que jamás podrían terminar con nuestra fe. Durante todas estas semanas, me has hablado de países lejanos, antiguas leyendas, cuentos que han atravesado inmensos océanos para llegar hasta aquí; me has hablado de hombres soñadores, solitarios niños que caminaban por senderos desconocidos, aventuras y desventuras, alegrías, tristezas, ilusiones, vidas... Me has hablado del destino y del camino que tendré que seguir cuando me falte tu mano, papá.

>> Nuestros cuentos de madera han hecho viajar mi imaginación fuera de esas alambradas. En ocasiones, incluso, me ha parecido ser libre, imaginando todo lo que haré cuando los nazis decidan abrirnos las puertas de este campo. Me has hecho soñar, papá, con la misma vida.

- Hablas como un auténtico hombre -por sus mejillas rodaban finas lágrimas que terminaban muriendo en sus labios.

- Quiero seguir siendo niño, papá. Me da miedo enfrentarme a tantas cosas.

La infancia, sin embargo, me la habían arrebatado tiempo atrás.

---

- Recuerda siempre esta sabia frase, hijo mío. Te servirá de aquí en adelante.

Cerró los ojos y se dejó llevar por sus más profundos sentimientos.

<<De los cinco elementos ninguno de ellos predomina siempre; de las cuatro estaciones ninguna dura para siempre; de los días algunos son largos y otros cortos, y la luna crece y mengua.>>

A la mañana siguiente desperté dolorosamente solo. Seguí las pautas de mi padre y escuché a mi corazón. Nada podía hacer ya por aferrarme a su vida. Mi padre estaba siendo trasladado a los hornos de Auschwitz. De nuevo, contemplé la columna de humo que me había sorprendido noches atrás, y recordé el cuento que mi padre me había contado con la intención de alargar lo máximo posible mi infancia.

Mientras mis huesos descansaban sobre la plancha de madera del barracón, mi padre estaba caminando hacia su libertad. La noche previa a su muerte, cuando mis ojos contemplaron por última vez su rostro, me dijo que cuando saliera de allí buscara a un alemán que se dedicaba al oficio de la imprenta. Así lo hice.

Hoy tengo sobre mis manos un libro titulado *Cuentos de madera*, que mi padre había encargado por mediación de un nazi corrupto. Por sus líneas circulan las enseñanzas que mi padre, hace ya más de sesenta años, trató de infundirme en un angosto barracón construido para la muerte. Todos los días navego por sus páginas, hablo con él a través de sus cuentos y recupero, poco a poco, la infancia de la que un día me despojaron. Al fin y al cabo, nada dura eternamente.

### **III VIENTOS DE ROMA**

---

A todos aquellos que han atravesado dolorosos momentos de incertidumbre,  
pero que han terminado descubriendo el acertado sendero de sus vidas.

---

Los habitantes de Éfeso dormían placidamente. Apenas habían despuntado las primeras luces de la mañana cuando ambos tuvieron que despedirse, acariciados por una delicada brisa que recorría la ciudad. Él marchaba hasta la capital del Imperio para intercambiar nuevos productos y acercarse a las atractivas posibilidades de la esplendorosa ciudad de Roma, de la que había escuchado hablar a los centenares de comerciantes que atravesaban asiduamente las montañas y puertos cercanos. Ella, pese a desear irrefrenablemente descubrir las recónditas maravillas que se extendían más allá de sus ojos, y de anhelar profundizar en los más variopintos aprendizajes de la vida, entendió que estaba destinada a quedarse guardando la esencia de su hogar. Recordó entonces las palabras que le había dirigido su madre, con voz temblorosa y tierna, unas horas antes de exhalar el último aliento: <<Nunca te olvides de que el hombre al que ames tendrá que marchar algún día. Encontrarás sentido a tu vida cuando eso ocurra.>>

Siempre había atribuido aquella desacertada reflexión a la debilidad de una madre que agonizaba en el lecho. Pensaba que era auténticamente imposible encontrarle importancia a la vida cuando la única persona con la que había compartido sus más íntimos sentimientos se marchaba de su lado, vaciando su interior como el de una vasija que derrama el agua por una estrecha grieta que la convierte en un inservible recipiente. Tenía la certeza de que sus amaneceres serían el prólogo de una tragedia constante, los atardeceres traerían las lágrimas del recuerdo, y las madrugadas convertirían el sufrimiento de la jornada en un melancólico unguento del tiempo, pues ya quedaría un día menos para su regreso.

Mientras tanto, elevaría sus plegarias a los dioses para que hicieran un poco más

---

llevaderos sus momentos de soledad durante la ausencia de su esposo. Él se lo había pedido la noche antes de partir:

- No temas por mi marcha, pues volveré antes de que tu corazón tenga tiempo para sentir el tormento de la soledad -había susurrado mientras acariciaba sus cabellos-. Entretanto, eleva tus sacrificios a los dioses cada día, y procura no relacionarte con esos perversos judíos ignorantes que recorren la ciudad hablando de ese inventado Dios único. Aléjate sobre todo de esos fanáticos que hacen llamarse cristianos.

- No tienes que preocuparte por ellos -respondió convencida de sus palabras-. Antes de que tus pasos te conduzcan de regreso a esta tierra, los dioses los habrán expulsado eternamente. Ya jamás volverán a incomodarnos.

Sin embargo, Diana no podía estar más equivocada. Unos años atrás, las montañas de Éfeso habían sido testigo de la presencia de una congregación que predicaba las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Sus arengas no sólo chocaban frontalmente con las creencias religiosas de los romanos, sino que también causaron revuelo en las mentes judías, por lo que no fueron aislados los brotes de violencia que tuvieron que soportar vez tras vez. A la cabeza de los recién llegados se encontraba Pablo, un judío nacido en una pujante ciudad a orillas del río Cydno. Su estancia en Éfeso, así como sus incontables viajes, serían la semilla de los futuros árboles del cristianismo. Pasados tres años, marchó de Éfeso para continuar con sus predicaciones por el mundo. Su esencia, empero, no sería arrancada de allí con la celeridad que había pronosticado Diana.

Ella no era consciente aún de que su madre tenía razón, ya que descubriría el sentido de la vida cuando marchara su esposo. Menos imaginaba todavía que los días siguientes

---

quedarían grabados a fuego en su corazón, gracias a la inusitada llegada de un hombre todavía desconocido para ella. A pesar de que había escuchado hablar de él a los judíos, su rostro se mantenía en las sombras. Sólo conocía su nombre y su procedencia, así como las aberraciones que pretendía inculcar a sus vecinos. Él, Pablo, nacido en Tarso, estaba retornando por última vez a Éfeso.

El resplandor de la luna alumbraba el *Mare Nostrum* cuando Crispo llegó a una aldea cercana en la que decidió descansar hasta la mañana siguiente. Jamás había engañado a Diana, y sentía una incesante punzada en el corazón que le impedía dormir calmado. Abrió la posibilidad de regresar a Éfeso y detallarle la verdad acerca de su viaje: no se desplazaba a Roma para comerciar, sino para asistir a los espectáculos en los que los gladiadores terminaban decapitados y devorados por las fieras; quizás también comprara un eficiente esclavo romano, despilfarrara una parte del dinero que llevaba tanto tiempo ahorrando y finalizara su estancia en Roma visitando un lujoso lupanar. Al fin y a la postre, probablemente nunca tendría la posibilidad de regresar a la capital del Imperio.

<<Ya se lo contaré a la vuelta>>, sentenció antes de caer en un mundo de sueños.

Lloviznaba sobre Éfeso cuando despertó Diana. A través de las ventanas podía escuchar el bullicioso rumor de las calles: conversaciones entre vecinos, regateos en los puestos ambulantes, el griterío de niños y los ladridos de perros que correteaban de un lado a otro. No prestó excesiva atención a lo que era un despertar corriente en Éfeso. Sin embargo, aquella mañana estaba ocurriendo algo inusual a unos metros de allí.

---

- Maestro, he aquí Éfeso. ¿Recuerda la última vez que la visitó? -le preguntó el discípulo.

- Desde luego que lo recuerdo. Fueron tres fructíferos años en esta preciosa tierra - respondió Pablo-. Por desgracia, en este viaje no podré quedarme tanto tiempo. Debo marchar a Epiro con premura.

- Descansará hoy aquí, ¿verdad?

- Pasaré aquí la noche, sí, y mañana partiré con los primeros rayos del alba. Mi deseo es que te quedes en Éfeso, querido Timoteo, cuidando de la congregación. Yo te escribiré lo más temprano posible.

- Así lo haré.

Pasaron lentamente las horas. Diana dedicó el tiempo a hacer las labores del hogar y a preparar los sacrificios para Artemisa. A decir verdad, sus días siempre habían sido una monótona sinfonía en la que no había cabida para la improvisación. Desde la marcha de Crispo, en cambio, sentía una cierta independencia que nunca antes había experimentado. Ahora podía ir a pasear por las montañas cercanas, recorrer las calles de la ciudad sin estar pendiente del irremediable paso del tiempo, leer alguno de los libros que siempre había querido concluir y, en definitiva, encontrarle a la vida un sentido más amplio.

<<Mi madre tenía razón: mis sueños se extienden más allá de la rutina>>, reflexionó en voz alta. Pero rápidamente sintió miedo, y una confusa sensación de engaño invadió su corazón. Percibía que estaba siendo sincera con ella misma, cortando las cadenas que mantenían sus pasiones cautivas; y a la vez, tenía pánico de sentir ese inédito

---

entusiasmo cuando su esposo se encontraba, probablemente ya, a decenas de kilómetros de su hogar.

Concluyó sentir el viento en el rostro y abandonar por unas horas el aroma de su casa. Cerró la puerta, y caminó sin rumbo hasta un elevado montículo de arena. Allí se sentó.

<<¿Por qué estoy llorando?>>, susurraba repetidamente entre lágrimas.

De pronto, aparecida de entre las rojizas luces del crepúsculo vespertino, sonó una voz detrás de ella:

- Dos sentimientos batallan en tu interior. Ambos son fuertes, y ninguno de ellos dará la contienda por perdida. Tienes que ser tú la que declare un vencedor y un perdedor; hasta que eso ocurra, pase el tiempo que pase, no estarás en paz.

- ¡¿Quién eres?! -inquirió Diana, sobresaltada.

- He llegado hace unas horas a Éfeso. A lo largo de mi camino he asistido a enrevesadas situaciones: perversas injusticias, inocencias absolutas, desconsolados lloros sin alivio y un sinfín de imágenes de difícil descripción. Pero tu abrumada mirada me duele profundamente. Habla con Dios, pues Él siempre te escucha.

- Lo siento, no me interesan tus historias sobre el Dios único -respondió Diana girando la cabeza-. Es lo que menos quiero escuchar ahora mismo.

A pesar del rechazo de Diana, Pablo decidió sentarse a su lado. Hablaron durante horas, sin descanso, bajo un manto de estrellas que cubría sus figuras. Pasados los primeros minutos, Diana, herida interiormente a causa de la incesante guerra que

---

estaban librando sus sentimientos, tuvo la necesidad de sincerarse con el recién llegado. Al fin y al cabo, no tenía otra persona con quien hablar.

Se descubrió hilvanando sensación tras sensación, amarguras y placeres, intensos sufrimientos mezclados con profundas sonrisas que nunca antes había esbozado. Pablo escuchaba atentamente, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos, mientras ordenaba en su cabeza lo que pensaba decirle cuando ella terminara. Eso habían acordado: primero él escuchaba todo lo que ella necesitaba expulsar, y después Diana atendería a lo que Pablo quisiera decirle acerca de Cristo.

Las primeras luces de la mañana aparecieron en el mismo instante en el que Pablo, enjugando las lágrimas de Diana, ponía el punto final a su alocución. Estaba cansado físicamente, pero sentía una maravillosa plenitud espiritual. No era la primera vez que pasaba una noche entera despierto predicando las enseñanzas de Jesús de Nazaret a alguien desesperanzado, como aquella mujer a la que había encontrado a punto de morir ahogada en un mar de lágrimas.

La despedida fue corta, a pesar de que jamás volverían a verse. Ya estaba todo dicho.

Una calurosa tarde cualquiera, pasados más de tres años desde su marcha, Crispo retornó a Éfeso. Tras respirar profundamente el aire de su ciudad, se dirigió al lugar en el que solían congregarse los predicadores de Jesús de Nazaret. Estuvo allí hasta bien entrada la madrugada, caminó por la adormecida Éfeso y llegó a su hogar. No tuvo el suficiente valor para entrar. ¿Cómo iba a decirle a su esposa que había sido llamado para abrazar el cristianismo? ¿Cómo explicarle su larga ausencia? ¿Qué iba a responder

ella cuando le contara que había sido testigo, durante su estancia en Roma, de la despiadada ejecución de un inofensivo discípulo de Jesús de Nazaret, llamado Pablo? Aquella experiencia, no obstante, le había hecho replantearse la esencia de su vida.

<<Todas las personas, hasta las que han perpetrado los peores engaños, merecen una segunda oportunidad>>, pensó, sentado delante de la puerta que había cerrado años atrás.

Lo que él desconocía es que Diana había decidido retirar todos los altares en honor a Artemisa y al resto de dioses. En su lugar, reposaba ahora una recopilación de escritos que le había regalado Pablo aquella lejana noche de estrellas, que había leído incansablemente hasta llegar a sabérselos de memoria.

Crispo decidió entrar, y rápidamente comprendió todo. Su corazón no era el único que había encontrado el acertado sendero de su vida.

## **IV EL BANCO DE LA SOLEDAD**

---

A todos aquellos que se han visto sumergidos en un profundo océano de pasiones, cuyo final ha terminado siendo el absoluto triunfo del Amor.

---

Bajo el plumizo cielo de un lento atardecer de finales de febrero de 1937, sentada sobre el banco que contempló el transcurso de su amor, Mercedes posaba la vista sobre las lejanas olas procedentes de tierras desconocidas para ella. El viento mecía su ondulada melena castaña y enrojecía las cristalinas pupilas de una mujer que añoraba el abrazo de su amado, las suaves caricias de la única persona que se las había ofrecido.

Manuel se había marchado cinco meses antes a causa de la mala situación económica que atravesaba su familia. Una lluviosa madrugada de septiembre de 1936, agonizantes ante el futuro de los que habían acudido a luchar al Alcázar de Toledo, él y un grupo de compañeros embarcaron en un vetusto carguero que les conducía a mejores oportunidades de vida.

Durante las primeras semanas, Mercedes recibió correo más o menos puntual, lo que le permitía conocer las condiciones en las que su futuro esposo pasaba las horas. Pero a medida que terminaba el otoño y un nuevo invierno nacía, la afluencia de correspondencia fue disminuyendo hasta su total desaparición. El último mensaje recibido databa del día 15 de enero de 1937. En él, mediante una letra ilegible y entre cuantiosas manchas, Manuel aseguraba que había ocurrido algo de gran importancia por lo que no podría volver a escribirle. La despedida se resumía en un <<hasta siempre>>, que llenó de incertidumbre el corazón de Mercedes.

Desde ese momento, la solitaria enamorada se encaminó todas las mañanas, antes de que el sol despertara, a uno de los rincones de la costa atlántica donde perdía la noción del tiempo y olvidaba el transcurso de la historia. Una vez allí, se sentaba sobre un banco que había construido Manuel con una decena de tablas de madera, e imaginaba

---

cómo sería su vuelta a España. Pintaba en los lienzos de la mar el cuadro de su esperanza.

A medida que iba cayendo la noche y las estrellas se instalaban en el firmamento, abandonaba el banco para tumbarse en la abrigadora hierba y, lentamente, comenzaba a recitar las mismas poesías una y otra vez. El epílogo de cada jornada llegaba en el momento exacto en el que el peso de sus párpados se cernía, a modo de telón, sobre el escenario de sus dos resplandecientes faros.

La casualidad, o quizá las campanas del recuerdo, hacía que todas las madrugadas se despertara a la hora exacta en la que Manuel, unos meses atrás, se había despedido de ella entre el insoportable desierto de la futura distancia. Solía despertar entre gélidos sudores y estrepitosos gritos que resonaban entre las calas gallegas y los puertos del Atlántico. Pasados unos minutos, ante la demostración de que se trataba tan sólo de una amarga remembranza, se ponía en pie y recorría los escasos metros que la separaban de su casa.

Así transcurrió su vida durante años, sin más movimiento que el del oleaje, sin mayores olores que los de la humedad de las rocas, sin sonidos que no fueran los del chocar de la lluvia contra el banco o el que protagonizaba el vacío de la soledad. Jamás me sentí escuchado por ella. Mercedes y yo nos casamos al término de la Guerra Civil. Concretamente lo hicimos en mayo de 1939 en un pequeño pueblo de La Coruña, de donde procedía la mayoría de mi familia. Mis sentimientos hacia ella habían nacido a lo largo del verano de 1931. En aquella época, nuestros caminos se cruzaron por motivos bien distintos. Mi padre, monárquico hasta la médula, decidió trasladarse a lo que, en

---

aquellos momentos, significó para mí el punto final de la adolescencia, un diminuto pueblo alejado del tránsito de personas y, en definitiva, de mis inquebrantables amistades. Una vez allí, con tan sólo dieciocho años, me dediqué al mundo de la pesca. La verdad es que el trabajo que me encomendaron pasó por mi vida sin mayor pena ni gloria. No me gustaba lo que hacía pero lo hacía de la mejor forma posible. Cuando llegaba la hora de salir, volvía a la antigua casa, perteneciente a uno de mis abuelos, en la que nos habíamos instalado. Recuerdo perfectamente que el suelo rechinaba al compás de las olas y el viento. Eso siempre asustaba a mi hermano pequeño, Manuel.

Mercedes, en cambio, pasó el verano en aquel pueblo por una razón muy curiosa y que todavía, después de tantos años, recuerdo como si fuera ayer. Su padre era un importante empresario afincado en Madrid, amante de la sierra durante el invierno y del bullicio durante el resto de estaciones. Por este motivo, los catorce años con los que contaba Mercedes los había pasado en plena capital de España. Su máximo deseo era conocer la costa, poder bañarse en la mar y perder el sentido de su pensamiento entre la espuma de las olas. Aquel verano de 1931, su sueño se hizo realidad y viajó hasta la costa gallega en compañía de sus padres. Jamás se marcharía de aquí.

El verano transcurrió tranquilo y parsimonioso. Mi padre contrajo una leve depresión por la añoranza que sentía por Alfonso XIII, exiliado unos meses antes. Las escenas en mi casa fueron de lo más esperpénticas y graciosas posibles. Todavía recuerdo la imagen de mi padre abrazado a un pequeño marco en el que podía distinguirse la figura del ya lejano Rey.

Un caluroso pero suave domingo de agosto, tras regresar de dar un paseo por el

---

pueblo, avisté a lo lejos la figura de mi hermano. Junto a él pude distinguir la de una chica que caminaba de su mano, en silencio, con la vista puesta en las finas nubes que envolvían nuestro hogar. Desde aquel mismo momento me enamoré de Mercedes. No obstante, ella y mi hermano habían comenzado una relación que me impedía por completo iniciar cualquier intento de acercamiento. Manuel y yo siempre nos habíamos respetado. Traté de ocultar mis sentimientos durante años pero acabaron saliendo y el amor me enloqueció.

Han pasado sesenta años desde entonces. Mi vida junto a Mercedes ha sido excelente, lo que siempre soñé desde aquel verano en que la vi por primera vez. Sin embargo, en ocasiones, cuando echo la vista atrás, me parece que mis años a su lado no han sido más que una obra teatral donde ambos hemos sido actores protagonistas. Siempre supe que no me quería a mí, sino a Manuel.

Siempre he tenido que cargar con una vela mojada de resignación, tristeza y arrepentimiento, que ha hecho que encallara en la playa del abatimiento y del pasado. Continuamente he tratado de vendarme los ojos y caminar por el sendero de la ignorancia y del olvido, pero jamás lo he conseguido.

Durante los quince primeros años de matrimonio, Mercedes acudía a diario a sentarse en el banco que mi hermano construyó para ellos dos. Yo la acompañaba, me sentaba a su lado, en el suelo, pues jamás tuve el valor de profanar un santuario que significaba tanto para ambos. Sus ojos mostraban la mayor tristeza que haya podido contemplar, cargados de cientos de lágrimas que significaban cientos de recuerdos.

---

En numerosas ocasiones estuve a punto de contarle la verdad, pero no tuve el valor necesario para hacerlo. Quizá no era cosa de valor, sino de miedo. Sentía un profundo miedo a que se alejara definitivamente de mí si le decía que Manuel se marchó de España por mi culpa, que fui yo quien hizo que la situación económica de mi familia decayera hasta puntos insospechados. Más miedo me daba reconocerle que la última carta que recibió no era de Manuel sino mía, que fui yo quien inventó aquella historia de que jamás volvería a escribirle. ¿Qué pensaría si le digo que guardo todas las cartas de Manuel en un pequeño baúl? ¿Dónde iría si le cuento que escribí una carta a Manuel de su parte afirmándole que tenía una grave enfermedad de la que no podría salir? ¿Qué opinión tendría de mí si le digo que todo lo hice por amor?

Pero ahora todo esto ya no importa, ya no tiene sentido, ya es demasiado tarde. Mercedes no recuerda absolutamente nada de su vida. No sabe cómo se llama, quién soy, qué es lo último que hizo esta misma mañana. Sus ojos ya no recuerdan las cientos de olas que contemplaron desde el banco de la soledad. Ya no tiene el sabor de la sal en sus labios ni del viento en su rostro. Todo le ha sido borrado de pronto como si hubiera sido escrito en la arena del desierto. En un primer momento, necio y tonto de mí, imaginé que esto le haría olvidarse de Manuel, profundicé en la idea de que quizá le acercaría más a mí. Pero, de nuevo, volví a cometer el error de intentar jugar con su vida, de tratar de ahorcar sus sentimientos más profundos.

Esta misma noche, bajo la omnipresente luna, he sido intensamente sincero con ella. La he llevado hasta la montaña más alta de las que nos rodean, he cogido su mano y le he contado, pausadamente, la verdad acerca de mi hermano, de ella, del amor que les

---

robé. Con una dulce mirada y un cariño celestial, ha escuchado mis palabras, ha leído mis labios, ha secado mis lágrimas y, tras darme un beso, me ha pedido que volviéramos a casa. No ha mostrado el más mínimo gesto de odio ni aversión. Ha bajado la mirada y ha continuado hacia la puerta con paso lento y sereno. Antes de entrar, se ha dado media vuelta y con un fuerte tono de voz me ha preguntado quién era. Eso mismo me he cuestionado yo en cientos de ocasiones.

Una vez que estaba profundamente dormida, he salido de casa y, por primera vez, me he sentado en el banco que mi hermano construyó. La vista desde allí es realmente conmovedora e infinita. Debajo de éste y entre la hierba descansa un libro titulado *El banco de la soledad*, forrado con tapas blandas y desgastadas por el paso del tiempo. Nada más abrirlo he contemplado una fotografía de mi hermano y Mercedes, fechada en 1931. Debajo, escrito por ambos, puede leerse una breve inscripción que dice: <<Hasta que la memoria nos alcance.>>

Aquella misma noche, mientras mi cuerpo reposaba en la hierba y mis ojos corrían por los versos grabados a fuego en el libro, Mercedes exhalaba su último suspiro. Fue la madrugada del 12 de septiembre de 1991, coincidiendo con la madrugada en la que Manuel se marchó de España.

Desde entonces, siempre me ha quedado su recuerdo, su último beso en lo alto de la montaña, la tranquilidad de que pude contarle la verdad a pesar de que ella se olvidara a los pocos minutos. Pero si algo recuerdo de aquel día en especial es, sin lugar a dudas, lo que sucedió a la mañana siguiente. Manuel, intensamente avejentado, se encontraba

---

sentado en aquel banco testigo del indeleble amor de Mercedes y del irremediable paso del tiempo. Tenía la espalda apoyada sobre el respaldo, las piernas cruzadas y las manos fuertemente agarradas a un sobre. Rápidamente distinguí que se trataba de la carta que le había escrito hacía ya más de cincuenta años, aquélla en la que suplantaba a Mercedes y afirmaba que fallecería a causa de una rápida enfermedad.

Manuel se dio media vuelta a sabiendas de que me encontraba detrás. Se levantó con notable dificultad y me dio un impetuoso abrazo.

- Siempre he guardado esta carta para enseñártela algún día -dijo mirándome fijamente.

- Lo siento mucho -le contesté.

- Desde el primer día supe que Mercedes seguiría viviendo. Lo hiciste mal, Pablo, sin darte apenas cuenta. La carta que me mandaste a mí y la que mandaste a Mercedes estaban manchadas de café. A ninguno de los dos nos gustaba. Rápidamente intuimos que eran tuyas, por lo que seguí escribiendo a la misma dirección, y a ella a una dirección diferente. Regresé a España hace treinta y cinco años, y desde entonces nos hemos estado viendo. Nosotros hemos sido felices y tú también. Esta misma noche, mientras estabas aquí leyendo nuestro libro, Mercedes y yo nos hemos despedido para siempre. Ha sido el beso más eterno que jamás pude imaginar.

## **V LAS CENIZAS DE POMPEYA**

---

A todas aquellas valientes mujeres que jamás quebrantaron su dignidad,  
a pesar de verse envueltas por una tenebrosa nube de cenizas.

---

Había anochecido en Pompeya cuando Flavio reclamó la presencia de su esclavo. Podría haberle pedido que rellenara su copa de dulce vino hispánico, que le sirviera una nueva ración de costillas de cerdo o que masajeara suavemente sus pies. Sin embargo, los deseos de Flavio, acrecentados por la embriagadora exaltación del vino, eran bien diferentes.

- Traéme ahora mismo recado de escribir -ordenó a Cornelio, mientras de su boca se desprendían pequeños trozos de fruta.

No era la primera vez que Cornelio atendía una petición como aquella. El joven muchacho era absolutamente consciente de lo que ocurriría esa noche, al igual que llevaba sucediendo todas las anteriores. Él mismo, a pesar de saberse como un simple instrumento en manos de su amo, sentía que estaba colaborando en la indecente culminación de una maldad. Al fin y a la postre, él era el encargado de copiar en una tablilla de cera las palabras de Flavio para después entregárselas al regente del lupanar.

- ¿Lo has anotado todo bien? -le preguntó Flavio con una obscena sonrisa en el rostro.

- Sí, mi señor. Igual que todas las noches.

- Perfecto. Pues ahora date prisa en regresar -su diestra hizo ademán de capturar de nuevo la copa, pero en su interior ya no bailaba ni una sola gota de vino.

Cuando quiso darse cuenta, Cornelio ya había abandonado la domus y caminaba sin demasiada premura por las calles de Pompeya. Una suave esencia de especias inundaba el ambiente, regalándole a su olfato un aroma mucho más agradable que el que desprendía su patrón. A pesar de que éste se codeaba con las familias influyentes de

---

Pompeya -sobre todo cuando se aproximaban las elecciones para ocupar cargos públicos-, lo cierto era que su cuidado personal no le quitaba excesivamente el sueño por las noches.

El esclavo fijó su mirada en la titánica montaña que protegía la ciudad. Nunca antes había reparado en ella con tanta atención. Su siniestra majestuosidad le inspiraba un respetuoso temor desde hacía unos días. Estuvo durante unos segundos contemplándola, clavado a la empedrada calzada cercana al callejón en el que sobrevivía el lupanar, hasta que concluyó darse prisa y terminar el encargo de su amo. No quería que, por culpa de su retraso, Lycisca sufriera en sus carnes la crecida ira de Flavio.

- ¿Otra vez lo mismo, jovencito? -el leno, un hombre robusto y con los brazos marcados por señales de guerra, se dirigió a una de las cinco estancias en las que las meretrices veían circular ante sus ojos el irremediable paso del tiempo.

Cornelio distinguió en el rostro del leno una doble sensación: la escasa molestia porque una de sus esclavas llegara con el cuerpo marcado por los golpes de Flavio, y una miserable alegría por el dinero que estaba ganando a costa de las violentas prácticas sexuales de su cliente. Siempre, a pesar de que alguna vez le había mostrado su tímido desagrado por la conducta de Flavio, terminaba sucumbiendo ante el jugoso poder del dinero. Al fin y al cabo, los impuestos que tenía que pagar por aquel lupanar no eran nada baratos.

- Aquí la tienes. En un par de horas quiero verla de nuevo con otro cliente. ¿Queda claro? -el leno se dio media vuelta sin apenas esperar contestación por parte de Cornelio.

---

Ambos, Cornelio y Lycisca, el esclavo y la lupa -también esclava, al fin y al cabo-, salieron del prostíbulo en silencio, ahogados por un fuerte dolor que nacía en el estomago y se propagaba irremediabilmente por el resto del cuerpo. Era una sensación ya conocida por ambos y tristemente repetida en los días anteriores.

- ¿Quieres que demos un paseo?

- No, Cornelio, ahora no. Quiero terminar esto cuanto antes. Si no te importa podríamos pasear después de... -Lycisca se quedó en silencio, tratando de evitar pronunciar unas palabras que amargaban profundamente su corazón.

- No te preocupes. Sé lo que quieres decir.

Ambos caminaron a un paso intermedio entre la templanza y la celeridad. Lycisca clavaba su mirada en el cielo, imaginando el día en el que lograría alcanzar su libertad; Cornelio, en cambio, no podía dejar de mirar de reojo la inmensa montaña cercana a Pompeya. Fue así como, después de un corto recorrido que pareció eterno, llegaron a su destino. Entraron en la domus y se despidieron con una intensa mirada que ambos entendieron.

- Pensaba que nunca llegarías -Flavio reposaba sobre el triclinio, hasta que Lycisca atravesó el umbral que daba comienzo a una nueva noche de abusos. Se levantó y recorrió la distancia que le separaba de ella-. Desnúdate.

- Me gustaría beber algo antes. Tengo los labios secos.

Cornelio apareció en la habitación como por ensalmo. Su apremiada presencia no era fruto del azar, sino más bien de la inquietud que le empujaba todas las noches a esperar en un lugar en el que pudiera escuchar la voz de Lycisca. Aquellos segundos en los que

---

ella se mantenía en silencio, se convertían para Cornelio en verdaderos momentos de angustia.

- Aquí tiene, mi señor -Cornelio traía una copa con vino para Flavio y otra con agua para ella.

- Antes de que te marches, Cornelio. Esta noche quiero estar a solas con Lycisca. Así que hazme un favor: lleva esta carta y este dinero al leno. Te agradecerá enormemente tu visita. Después, si terminas pronto, vete a dar un paseo. No quiero verte por aquí hasta que mi cuerpo se derrumbe derretido de placer. ¿Lo has comprendido?

Cornelio asintió con la cabeza y caminó de nuevo hasta la calle. Se detuvo durante unos instantes, observando a través de la ventana la manera en la que Flavio levantaba la toga a Lycisca para después posar sus labios manchados de vino sobre el cuello de ésta. No era la primera vez que veía algo así. Sin embargo, aquella noche no era como todas. Su amo nunca antes le había exigido intimidad ni, mucho menos, había pagado el servicio antes de que quedara terminado. De pronto, un sentimiento de miedo se apoderó de él. No quería dejar a su madre allí sola, con aquella embriagada bestia que no conocía el límite en el que el placer del sexo se convertía en una auténtica monstruosidad. Sin embargo, ¿qué podía hacer él?

Bajó la mirada hacia el suelo, apesadumbrado como nunca antes lo había estado, y se imaginó hundiendo un estilete en el pecho de Flavio. Rápidamente desechó aquella idea, no porque no deseara verlo muerto, sino porque jamás tendría el valor de hacerlo con sus propias manos. Podría esperar unos cuantos años hasta conseguir ahorrar el dinero suficiente como para pagar su libertad, pero para entonces su madre ya se habría

---

visto arrastrada a las más oscuras sombras. A medida que abrigaba esta posibilidad, acariciaba el dinero que le había dado Flavio para pagar al leno. Le parecía una cantidad exagerada en comparación con la que había pagado las noches anteriores. Decidió contarlo. Efectivamente, era una cantidad exagerada para una sola noche. Incluso para dos, tres, cuatro... Cayó en la cuenta de que era demasiado incluso para pagar sus servicios durante años.

Respiró profundamente y se sentó en una piedra. Todo aquel dinero -con diez mil sestercios podrían comprarse en Pompeya cuatro esclavos- sólo podía significar una cosa: Flavio estaba comprando a su madre.

Flavio despertó sobresaltado por los gritos que procedían del exterior de la domus. Rápidamente llamó a Cornelio para que le explicara qué estaba sucediendo en las calles de Pompeya, pero éste no hizo acto de presencia. Era muy pronto para que su amo lo supiera, pero sus dos esclavos se habían marchado unos minutos antes. Aquel hombre solitario, abandonado por dos de sus posesiones, se levantó de la cama con la intención de comprobar por él mismo lo que sucedía fuera de su domus. Sus esclavos, en cambio, trataban de huir.

Habían pasado unos días desde que Flavio tomó la decisión de comprar a Lycisca. Durante aquellas jornadas, Cornelio siguió atendiendo los usuales deseos de su patrón. Sin embargo, cuando la noche caía sobre la turística Pompeya, la madre de Cornelio cumplía las más variopintas fantasías del que ya era también su señor. Podía decirse que ya no tenía que dedicarse al oficio de meretriz, atender a nauseabundos hombres durante

---

horas, ni tenía que soportar que tocaran su cuerpo mientras golpeaban su alma. Eso era cierto. Pero no lo era menos que su nuevo dueño hacía exactamente lo mismo noche tras noche. Vivía mucho mejor que antes, con un lugar más cómodo en el que dormir y, por añadidura, con un pequeño peculio que ir ahorrando. Además, estaba más cerca de su hijo. Pero no quería engañarse. Continuaba sin ser libre.

Sólo un barco quedaba en la costa. Los trozos de roca incandescentes emanados del Vesubio estaban convirtiendo a Pompeya en una ciudad del pasado. A escasos pasos del barco, Cornelio se dio media vuelta, agarró fuertemente las manos de su madre y le habló:

- Madre, seguramente estemos a tiempo de volver a casa de Flavio. Apenas se habrá despertado. Quizá todavía duerma, a pesar de este despiadado castigo que nos han enviado los dioses. Él tendrá un medio para escapar de aquí, y nos llevará con él. A lo mejor viajamos a Roma... Incluso es posible que, si le ayudamos y le somos fieles, pague el precio de nuestra libertad. Madre...

- Una noche se acercó un adinerado señor al lupanar -Lycisca, tranquila y tierna, cerraba los ojos como tratando de recordar algo ya muy lejano-. No tenía intención de acostarse con ninguna de nosotras, aunque pagó el precio como si fuera a hacerlo. Su único deseo era hablar conmigo.

>> Se trataba de un hombre verdaderamente sensible, que atrajo mi inocente atención durante dos maravillosas horas. De sus labios resbalaban sabias frases que nunca antes había escuchado. Atendía perpleja, en silencio, inmersa en un mundo de sueños que él mismo construía para mí. Durante aquellos instantes, logró hacerme olvidar la penosa

---

situación en la que vivía. Sus palabras eran un antídoto irrefrenable.

>> Me habló de la importancia que teníamos las meretrices en la construcción de nuestra gran civilización, pues, según él, gracias a nosotras lograba mantenerse la estabilidad dentro de las ciudades. Los hombres no trataban de sofocar su deseo sexual con las mujeres de sus amigos; cumplíamos la función de sosegar la ira de los romanos y, por si esto fuera poco, me aseguró que un día no muy lejano se reconocería públicamente nuestra labor. Mi inocencia hizo que creyera sus palabras.

>>> Pasó lentamente el tiempo. Se pasaba de vez en cuando por el lupanar, hablábamos y hacía crecer mi ilusorio mundo de fantasías. Un día, empero, contrató mis servicios. Lo hizo también un segundo y un tercero. Jamás he sentido con nadie lo que sentía con él. Y me dejó embarazada. El destino quiso que nacieras tú, hijo mío. Todo cambió cuando se enteró de la noticia. No quería abandonarte, así que le rogué que te acogiera en su casa como su esclavo. Él aceptó a cambio de que nunca contara esto a nadie. Si lo hacía... si lo hacía te vendería para que te comieran las fieras.

- Madre, no tenemos mucho tiempo -Cornelio miraba de reojo la última embarcación que reposaba en el puerto. Estaba iniciando la marcha.

- Espero que algún día seas capaz de entender mi comportamiento. Yo te entregué en manos de Flavio, tu padre, con la única intención de que algún día lograras tu libertad. Por eso no podemos volver con él.

Los gritos y las idas y venidas de los ciudadanos de Pompeya se convirtieron en un silencioso vacío para madre e hijo. El miedo se amansó, y lo que antes era un nudo en el estómago se convirtió en un sentimiento anónimo. Estaban comenzando una nueva vida

juntos, dejando bajo las cenizas de Pompeya los fantasmas del pasado. Probablemente nunca cambiarían su situación de esclavos, pero estaban recuperando una dignidad que, en realidad, nunca habían perdido.

El 24 de agosto del año 79 d.C., Pompeya desapareció bajo un grueso manto de cenizas. En el momento de la erupción del Vesubio vivían en Pompeya más de 20.000 personas. Tendrían que pasar diecisiete siglos para poder descubrir historias como la que se acaba de narrar.

